

7

El *pathos* cristiano, vía que conduce a una educación en la compasión

Juan Alexis Parada-Silva*

Andrés Felipe Rivera-Gómez**

Resumen

Ante las situaciones que atraviesa la humanidad debido a la corrupción, la desigualdad social, la injusticia, la inequidad y la indiferencia, se presentan retos que demandan cambios y la apuesta por valores morales que le permitan al hombre encontrar un camino de reparación y restauración humana a través del cual no solo vuelva el interés por el otro, sino que se recupere la confianza y la sensibilidad propia del género humano. Debido a tanto daño que nos hemos causado, urge una opción radical por la compasión, actitud que se evidencia en el *pathos* cristiano, a través del cual la preocupación por el otro y la corresponsabilidad abren el camino que

* Doctor en Filosofía; magíster en Filosofía Latinoamericana; licenciado en Filosofía y Letras. Investigador junior; docente investigador del grupo Aletheia, adscrito al Departamento de Humanidades, Universidad Santo Tomás; integrante del comité académico de la Red para la Formación Ética y Ciudadana; miembro de la Asociación Latinoamericana de Filosofía de la Educación (ALFE). juanparada@usantotomas.edu.co <https://orcid.org/0000-0002-8590-0432>

** Magíster en Defensa de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario ante Organismos, Tribunales y Cortes Internacionales; licenciado en Filosofía y Educación Religiosa. Docente perteneciente al grupo de investigación Aletheia, adscrito al Departamento de Humanidades y Formación Integral, Universidad Santo Tomás; bachiller en Teología. andresriverag@usantotomas.edu.co <https://orcid.org/0000-0001-8949-696X>

puede rehumanizar a aquellos que se habían alienado. Este *pathos* es también el medio a través del cual puede surgir una educación en la compasión que promueva la defensa y reparación de la dignidad y la naturaleza humanas.

Palabras clave: *Pathos*, cristianismo, apatía, educar, compasión.

Introducción

En la medida en que el ser humano atraviesa por las dificultades que conllevan la cotidianidad y los tiempos cambiantes, es mucho más difícil la apertura y la búsqueda del bien común. Se podría afirmar, incluso, que cada vez que el hombre enfrenta amenazas a su propia existencia y supervivencia son las circunstancias las que determinarán la relación con el otro y con el entorno, lo que ocasiona que los valores morales que se tenían como principios se pongan en tela de juicio, razón por la cual se presenta el riesgo que corre cada persona, su familia y los ecosistemas.

Al darse cuenta de que muchas de sus seguridades pueden perderse, o que su vida y la de sus cercanos está en riesgo, es más difícil encontrar valores como la solidaridad, la corresponsabilidad o el bien común, lo cual es muy probable que suceda, sobre todo cuando existe una 'alofobia', término que significaría "miedo al otro" (del griego *ἄλλος* [*allos*] y fobia, de *Φόβος* [*fobos*]), miedo y rechazo que se daría al considerar a quien me rodea como aquel que me puede quitar algo, o, también, como el que pudiese ocupar un espacio, o tomar aquello que yo necesito.

Debido a ese tipo de reacciones de rechazo o miedo a los demás por las situaciones extremas que se pueden estar viviendo, es fundamental hacer una reflexión que permita dar luces frente al deber ser en momentos de crisis como los que estamos padeciendo la mayor parte de ciudadanos del mundo frente a la pandemia producida por el covid-19; de ahí que el tema que se aborda en la presente

reflexión sea el *pathos* cristiano como vía hacia una educación en la compasión, dado que hablar del *pathos* cristiano es hablar de ese sentir que trasciende las propias necesidades, puesto que se puede entender como la capacidad de abrirse tanto al otro, que se asume como parte de sí. Como afirma San Pablo, “si un miembro sufre, todos los demás también” (1Co 12,26).

Por lo anterior, el propósito de este escrito es presentar el *pathos* cristiano como motor y fuente de una educación en la compasión. Para lograr el propósito planteado, en un primer momento se ahondará sobre el *pathos* cristiano frente a la apatía social; en un segundo momento se hará hincapié en la solidaridad y la cooperación, valores eficaces contra la indiferencia y el individualismo contemporáneo; y, finalmente, se aborda cómo educar en la compasión.

El *pathos* cristiano frente a la apatía social

Paradójicamente, pese a que el ser humano es social por naturaleza, una de las grandes dificultades que tiene es la convivencia social y el abrirse a los demás (Covelo, 2020); esto quizá por el miedo o rechazo al otro, lo cual se ha querido denominar en esta reflexión como “alofobia” (etimologias.dechile, 2020); o también, debido al vacío social que existe a raíz del distanciamiento de unos con otros, lo cual genera invisibilización y, a su vez, falta de reconocimiento del *alter*. Si bien es cierto que tenemos una capacidad mayor de ser sociables, no obstante, la falta de interés por lo que le puede estar sucediendo al otro puede ser también una causa o consecuencia del ensimismamiento, lo que automáticamente ocasiona ese desentendimiento social; algo a lo que perfectamente se le podría denominar apatía. Todo un culto a la indiferencia.

Esa apatía (del griego *Ἀπάθεια* [*apatheia*]) se refiere a la ausencia de pasiones (del griego *πάθος* [*páthos*]) (Torredebabel, 2020) o también, a la insensibilidad ante las realidades que circundan a los

seres humanos. La *apatheia* podría entenderse igualmente como ese rechazo a la vida de otros, a esa ignorancia del sufrimiento del oprimido y vulnerable. Esta produce gente *apathica*, que es llevada a una búsqueda individualista para solo perseguir lo que regale cierta tranquilidad y, a su vez, la separe de todo lo que esté relacionado con el dolor y la sensibilidad en general.

Ese tipo de conducta desliga al ser humano –según Santo Tomás– de su fin último, que es “El encuentro final con Dios” (S.Th. I-II q1 art. 7). El hombre, como creatura, debe ser reflejo de su creador y, por ende, guiar su vida según la ley natural, la cual se desprende de la ley eterna que, a su vez, lo debe llevar a mantener un orden en el mundo a través del bien común, el cual termina perdiéndose en la medida en que el ser humano cae en esa *apatheia* o rechazo de la realidad del otro por medio de la indiferencia y, sobre todo, de la injusticia.

Es imposible acercarse al otro cuando se vive en un mundo violento, indiferente e injusto, donde parte de la humanidad doliente ha sido invisibilizada, razón por la cual no se escucha su grito y súplica constante. Sus gemidos lo único que hacen es pedir que no se le ignore, que no se le haga más daño y que no se le arrebate su mínimo vital y su propia dignidad que se encuentra violentada.

Esa invisibilización, producto de la apatía, es la responsable tanto del agotamiento de recursos como la tierra y sus riquezas ambientales, fuentes vitales para la existencia de las familias, como de los desplazamientos forzados, la inmigración y, aunque algunos no lo vean de esa manera, de la pandemia del covid-19, dado que si todos se hubiesen humanizado con las personas que estaban en China padeciendo tal enfermedad, quizá en el presente se tendría una salida para todos los que allí se encontraban, algo que habría evitado el macrosufrimiento de muchas comunidades que lo están viviendo.

Por eso es que la *apatheia* es un virus mucho peor que la enfermedad que agobia al mundo entero, y de ahí que, tal como se vive actualmente, sea posible hablar de un distanciamiento en el distanciamiento. ¿Por qué?, porque en la cotidianidad, debido a esa apatía de unos con otros, ya existía uno y, con los cuidados de higiene y prohibición de contacto con los demás, este se amplió.

Para una parte de las sociedades es duro no poder generar encuentro ni contacto con el otro; pero para el resto de las poblaciones, es lo mejor que les podría estar sucediendo, lo cual es más peligroso y dañino, humanamente hablando, dado que la situación y el cambio en el estilo de vida que imperan en estos momentos es lo que algunos quieren que se mantenga, a fin de evitar ese “desagradable” encuentro con el otro.

La *apatheia* aparta al hombre de su estado natural, lo aliena y lo aleja de su razón de ser. Aquella enajena al ser humano de sí mismo y de los demás, hasta llevarlo al punto de acabar con su entorno. Incluso, desde el plano político e institucional, se puede evidenciar esa tendencia egoísta y de “alofobia” en la búsqueda y el afán de poder, lo que a su vez deforma a esos invisibles y los convierte en un medio, y crea además, desigualdad social.

Frente a ese gran virus de la *apatheia*, a través del cual se crea la insensibilización humana, es que se presenta como posible salida el *pathos* cristiano, una opción que pretende el acercamiento y el encuentro, acciones fundamentales que son producto de las enseñanzas de Jesús y de las primeras comunidades cristianas: “La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch 4,32).

El *pathos* cristiano es la esencia misma del cristianismo, la cual tiene como centro y fundamento el sentir de Jesús de Nazareth, quien constantemente hizo el bien (Hch 10,38). Ese *pathos* se puede

comprender como el sentir que el Hijo del Hombre tuvo por quienes le rodeaban, lo cual se evidencia en lo que narran los cuatro evangelistas. La constante de Jesús fue el salir de sí para encontrarse con el otro, llegando incluso a tocar las miserias y los dolores de los demás (Mt 8,1-3); esta actitud fue la que le hizo ser identificado como verdadero hombre, ser humano por excelencia y enviado de Dios.

La inclinación que tuvo para con los demás fue una muestra del reconocimiento del otro, luchando constantemente por la redignificación de la persona por encima de las estructuras socioculturales y jurídicas de la época (Jn 8,1ss), lo que hacía de Él un modelo por seguir y dejaba claro cuál era el camino por excelencia para recuperar la humanidad, que se puede perder debido a la indiferencia y la exclusión social, razón por la cual, quien quiera construir un verdadero Reino de Dios en la tierra, debe optar por la justicia, la reivindicación social y la reparación integral de quienes lo han perdido todo debido a los males estructurales que han generado todo tipo de desgracias (Lc 19,1-10).

El *pathos* de Jesús es una extensión y cumplimiento del de su Padre, quien desde los testimonios de los patriarcas y de los profetas se ha mostrado como un Dios compasivo y misericordioso, que se inquieta por el dolor del otro: “Y el Señor dijo: ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he escuchado su clamor a causa de sus capataces, pues estoy consciente de sus sufrimientos” (Ex 3,7). Un sentimiento que no se detendrá puesto que ha comprendido perfectamente la fragilidad humana, motivo por el cual su llamado constante es no solo a acercarse a las miserias del otro, sino también, a luchar por mantenerles su dignidad (Hch 3,6-7) (Hernández, 2018).

Ahora bien, desde el *pathos* cristiano, con la cercanía, sobre todo de los más vulnerables, se busca cambiar lo que se ha visto como la

“normalización” de la indiferencia, el rechazo, la xenofobia, la aporofobia (Pérez, 2018) y demás conductas antisociales y apáticas que solo han alienado la naturaleza de la persona. Desde una debida comprensión del *pathos* cristiano se busca una alternativa para subsanar conflictos, construir comunidad, romper imaginarios sociales y estigmatizaciones que lo único que han hecho es enemistar al ser humano consigo mismo, con el entorno y con su creador.

A partir ese sentir con el otro, el *pathos* cristiano es todo un reto que busca asumir las necesidades del otro, lo que a su vez se puede leer en el evangelio de Lucas: “Dadles vosotros de comer” (Lc 9,13); puesto que la opción de Jesús es siempre, en primer lugar, una liberación del egoísmo y del facilismo, de tal manera que si alguien quiere una transformación del mundo y de las estructuras que lo han malformado, lo primero que debe hacer es cambiar aquella manera de pensar que hace creer que la solución a los daños de los seres humanos es una tarea política e institucional. En palabras de Jesús, el primer enemigo, y la peor estructura que se interpone en la apertura hacia el otro, es la de cada uno, razón por la cual, si se busca una nueva vida y una alternativa, el primer paso debe ser la deconstrucción de nuestra estructura mental (Jn 3,2ss).

Finalmente, como cierre de este aparte cabe señalar que el peor enemigo del humanismo cristiano es esa *apatheia* que anula el sentir por el otro; que pierde el interés por aquel, llegando hasta el extremo de la invisibilización; esta situación aliena la naturaleza propia de ser “humano”, motivo por el cual es fundamental girar la mirada hacia la esencia del cristianismo, que se puede ver reflejada en las enseñanzas de un Jesús de Nazareth que trasciende la historia.

Ahora bien, aquello lo ha conseguido, no por haber sido reconocido como Dios, sino por haberse mostrado como verdadero hombre, aquel que desde su aparición en el mundo se hizo carne (Jn 1,14) precisamente para sentir, para hacer presente a un Dios cercano que

algunos tenían por lejano; y fuera de ello, no perdió un solo instante con quienes lo rodeaban para enseñar que un mundo de injusticia solo se puede vencer con la justicia, el testimonio y la búsqueda de la verdad.

Desde el *pathos* cristiano, la opción por los pobres y más frágiles deja de ser una alternativa para convertirse en obligación, debido a que hacemos parte de un todo el cual pierde su razón de ser si se resiente o afecta alguna de sus partes, lo que de inmediato debe generar una preocupación y búsqueda del restablecimiento de su bien-estar (S.Th., II-II, q58, art. 5). Esta búsqueda y perseverancia trazan una ruta debida para comprender la condición humana de las personas, un buen punto de partida para no olvidar que todos hemos sido acogidos en la humanidad del que todo lo hace de nuevo (Ap 21,5).

La solidaridad y la cooperación: valores eficaces contra la indiferencia y el individualismo contemporáneo

Ante la actual situación de confinamiento y de indiferencia es un imperativo el que nos podamos cuidar entre nosotros, pues al tener simpatía por algunos los puedo tratar como hermanos, dado que ya hay una especie de cercanía por los intereses similares, fenómeno por el que tienden a aflorar más rápido la solidaridad y la generosidad; y esto, al menos dentro de los grupos de orientación religiosa, suele darse con mayor regularidad. Ahora bien, así como la solidaridad y la aceptación se presentan en una dinámica de grupos, también la humillación, los elitismos y la creación de una serie de jerarquías que, en vez de unir, fragmentan y propician discordia y exclusión.

Es apremiante crear redes de cooperación, fraternidad y solidaridad pero, a la hora de la verdad, esto no se presenta de una manera amigable, por el contrario, en muchas ocasiones afloran conflictos

entre los individuos que, en vez de ayudar, muchas veces terminan por consolidar diferencias irreconciliables que al final pueden desencadenar odios, frustraciones y resentimientos, como bien lo afirma Maffesoli:

La fusión de la comunidad puede ser perfectamente desindividualizante; crea una unión que no implica la plena presencia ante el prójimo, sino que establece más bien una relación vacía que yo llamaría relación táctil: en la masa nos cruzamos, nos rozamos, nos tocamos, se establecen interacciones, se operan cristalizaciones y se forman grupos. (2009, p. 146)

En el *pathos* cristiano se nos exige no solo denunciar situaciones degradantes de la humanidad, sino plantear escenarios propicios para fundar campañas de caridad, donde podamos echarnos una mano y salir adelante de situaciones tan difíciles como las que estamos atravesando, donde debido a la implementación de la cuarentena se ha agudizado la crisis económica y muchas personas han perdido no solo su salud, sino también su empleo, su hogar y hasta sus deseos de vivir.

Es urgente apostar por modelos de humanidad que hagan hincapié en el cultivo de valores como la convivencia, la tolerancia, el compartir, la empatía, la solidaridad, el respeto, el diálogo y la corresponsabilidad. Se trata de crear un paradigma que sirva para contrarrestar el modelo ancorado en el éxito, la competencia individual y los prototipos funestos y, en vez de esto, se procure una ética del bien común, de la solidaridad, donde la alteridad sea una constante y se trabaje por la colectividad, a fin de alejar el virus de la apatía y sembrar la empatía como una guía para nuestro proceder.

Frente al individualismo extremo se propone una ética de la solidaridad, pero no cualquier clase de solidaridad, pues como bien lo escribe Velásquez:

Puede hablarse de solidaridad en una banda de *gangsters* o entre los miembros de un batallón de soldados con la misión de asesinar civiles

indefensos. Es muy probable que militares golpistas –como sucedió efectivamente en el Chile de Pinochet– utilicen argumentos acerca de la solidaridad entre grupos de poder y ciertos sectores sociales, a fin de legitimar sus acciones. Pero lo que quiero destacar no es que estos argumentos sean burdas mentiras o pura retórica, sino que efectivamente estarían reflejando un uso plausible del término. (2008, p. 367)

Se trata de apostar por una ética solidaria que siente las bases de una sociedad donde quepamos todos y donde podamos coexistir en medio de las diferencias, sin pensar en la aniquilación del otro porque no comparte mi ideología, mis creencias o mis gustos. Pero lo que está sucediendo es que cada vez ganan más la apatía y la indiferencia, y prima la exclusión; la crisis ecológica está socavando nuestra casa común y vamos camino al despeñadero. En este sentido, Velásquez escribe: “Se trata de un modelo de civilización que está llegando a su fin, por lo que la humanidad debe buscar reinventarse, claro, en el supuesto de que quiera sobrevivir” (2008, p. 372).

Queda claro que no podemos seguir con un modelo colmado de incertidumbres y que amenaza la supervivencia de todos, el llamado es a cimentar las bases de una ética planetaria, solidaria, que se oponga a toda lógica mercantilista de consumo desmedido de los recursos naturales y que opte por esculpir proyectos comunitarios donde se busque la mejora de las condiciones actuales a nivel global: “Dadas las condiciones del mundo en la actualidad, el bien común no puede ser visto sino desde una perspectiva global, que incluya a toda la humanidad, así como a la naturaleza” (Velásquez, 2008, p. 383).

Y no se trata solo de suplir las necesidades básicas (trabajo, educación, condiciones sanitarias óptimas), sino de garantizar la supervivencia de la humanidad, lo que incluye el reconocimiento del ser humano como sujeto de derechos concretos a la vida: el derecho a un trabajo digno y seguro; la satisfacción de las necesidades

humanas básicas; derecho a una participación democrática en la cosa pública; la conservación y sostenimiento del medio ambiente; posibilidades para una intervención en los mercados; verdadera libertad de opinión. Y algo fundamental, sobre todo de cara a los neoconservadurismos y neofascismos: “el derecho a una plena libertad de elecciones” (Velásquez, 2008, p. 385).

Se trata de evitar el suicidio colectivo, la atomización de la sociedad y la debacle de la humanidad, procurando la unión entre los individuos para buscar la mejora social. Se trata de cuidarnos entre todos, asistírnos cuando sea necesario:

Se insiste en recuperar al sujeto y rehacer vínculos, lo cual cuando es bien orientado, puede ser generador de proximidad con el otro y entablar prácticas solidarias. En sociedades cada vez más individualistas y atomizadas, amenazadas por varios factores de riesgo, la gente está urgida de prácticas solidarias de escucha y cuidado mutuo, autodefensa, sentirse parte de alguien, trabajo por un entorno más limpio, etc. Todo ello reconstruye tejido social. (Páez, 2020, pp. 25-26)

Finalmente, lo que se busca es no dejar hundir el barco, reconocernos como iguales y vulnerables, donde la empatía sea una constante y se procure la inclusión de todos sin importar su credo, raza, nacionalidad, profesión y sexo. Solo la solidaridad, la justicia, el bien común y la corresponsabilidad podrán lograr frenar la autodestrucción y comenzar la recuperación de la naturaleza humana que ha sido expuesta debido al egocentrismo y narcisismo dentro de sociedades en las que se ha visto a muchos avanzar sin reparar los daños del pasado, ni sus consecuencias del presente.

Educar en la compasión

Gracias al *pathos* cristiano se presenta ante el ser humano una constante inquietud para moverse hacia aquellos que han sido arrasados por la corrupción, el individualismo, la indiferencia, la injusticia

social y, de modo general, por esa *apatheia* a la cual se hizo alusión en líneas anteriores. Este *pathos* fue precisamente el modo de acción de Jesús de Nazareth, que lo convirtió en una pedagogía de la alteridad y la redignificación humana, de ahí que marque el camino de lo que podría llamarse un educar en la compasión, tarea que debe trascender la vida de todos los seres humanos y cada ámbito de su existencia de tal manera que las acciones compasivas dejen de ser esporádicas y accidentales y se conviertan en un modo de ser y, por ende, en sustanciales. Seguir esa pedagogía es, también, darse la oportunidad de reconocer la bondad como parte de la naturaleza humana, esto en contravía del negativismo natural que se le ha atribuido al hombre al afirmarse que el mal nace con él.

Thomas Hobbes (2000), en su obra *De Cive*, sostiene que: “el hombre es un lobo para el hombre” (p. 34); de igual forma, Maquiavelo, en su obra *El Príncipe* (2020), hace hincapié en la parte oscura del ser humano al afirmar que el “Hombre es malvado por naturaleza” (p. 153). Estos pensadores europeos matizan la parte negativa de los individuos subrayando aspectos como lo salvaje, lo instintivo y lo violento. Pero el ser humano es mucho más que esta faceta censurable y oprobiosa desde cualquier punto de vista. Su contraparte es un individuo amable, generoso, solidario, fraterno y compasivo (Mosquera, 2018). Estas dos caras, la negativa y la benevolente, se fraguan en el crisol de la alteridad, y es allí donde o bien se refuerzan los aspectos congénitos instintivos de la mera supervivencia o se estrechan lazos de cooperación y trabajo conjunto. La configuración de la identidad y la personalidad de los individuos al interior de un entorno social no es idílica –a diario se presentan inconvenientes, desacuerdos, conflictos–, ni un remanso de paz, donde todos puedan salir adelante sin dificultades. La interacción social implica tensión, deseo, carencia, es compleja y necesariamente inquietante. Y es justo en ese entorno donde los hombres terminan configurándose como ciudadanos comprometidos con el porvenir de la sociedad.

Ahora bien, es muy importante que el ámbito social posibilite escenarios donde el diálogo, la confrontación de posturas y el reconocimiento de las diferencias sean posibles, esto en muchas ocasiones es improbable, y es allí donde la escuela puede jugar un papel primordial. Los centros escolares se erigen como espacios donde confluyen infantes y adolescentes de diferentes lugares geográficos, diversas idiosincrasias y múltiples personalidades. La escuela puede ser un laboratorio social donde se puedan limar las diferencias, hacer resurgir esperanzas y cocrear realidades más incluyentes. Para cristalizar tal fin, es preciso que se concentren esfuerzos, se maximicen posibilidades y se eduque para lidiar con las diferencias y hacer frente a las necesidades, entre ellas, las económicas y las afectivas. Frente a lo anterior emerge la compasión como un sentimiento eficaz que es preciso implementar para construir una sociedad meliorista.

La palabra compasión proviene del latín *cumpassio*, que significa identificarse con el sufrimiento del otro. La compasión es un sentimiento exclusivamente humano que permite la simpatía, el contacto y la comprensión de la aflicción de los otros. El padecer con el otro implica reflexión, cultivo y generosidad. La compasión requiere individuos libres y autónomos que estén dispuestos a luchar contra el egoísmo y brindar lo mejor de sí para promover una sociedad justa, incluyente y equitativa, como bien afirma Parada:

En un mundo que está anclado en el individualismo, en la indiferencia y, en la indolencia, urge la necesidad de enfatizar en el otro, en la solidaridad, en la empatía. Es necesario fraguar una ética de la alteridad, donde el otro me interesa, me interpela, me complementa. En la educación, el reconocimiento del otro es la llave para menoscabar la apatía, para minimizar los efectos devastadores de una política de civilización que tiene como eje la egolatría. (2019, p. 187)

La compasión permite otear nuevos horizontes donde se pueda vivir en comunidad, donde se puedan escuchar varias voces y edificar a partir de las diferencias. La compasión permite modificar ciertas

prácticas excluyentes y denigrantes, tales como la xenofobia, la aporofobia y el racismo. La compasión permite denunciar las situaciones injustas y, al reconocer el sufrimiento de los más vulnerables, busca afanosamente el restablecimiento del equilibrio y sentar las bases de una sociedad dialógica, comprensiva y solidaria.

El mundo requiere de individuos compasivos que sean sabios, prudentes y ecuánimes; que estén dispuestos a dejar su zona de confort y salgan al mundo a fomentar prácticas justas, serias, sensatas, en aras de establecer puentes en vez de muros, lo cual solo será posible lograr si se comienza a establecer una educación en esa compasión.

Educar en la compasión puede ser la mejor manera de humanizar al hombre, quien paradójicamente ha ido perdiendo esta dimensión que lo refiere a su propia esencia. Esto no debe ser una elección de algunos, tampoco una asignatura más llena de contenidos sin “tejidos”, tal como le ha acontecido a Colombia con la cuestionable Cátedra de Paz; todo lo contrario, deberá ser una apuesta de vida, o mejor, un proyecto de vida donde la situación desigual que vive un gran porcentaje de la población mundial sea una preocupación y haga parte de las agendas políticas de la comunidad internacional. Este tipo de educación es el único que puede contribuir en la construcción de comunidades más humanas, equitativas, críticas, democráticas, resilientes y libres (Nussbaum, 2016). ¿Por qué?, porque la compasión “mueve” y “promueve”. Mueve la humanidad de unos seres humanos al encuentro de la deshumanización de otros; y, a raíz de dicho encuentro, se “promueven” las dimensiones humanas de tal manera que haya un restablecimiento de la dignidad de la persona. De ahí su importancia, necesidad y urgencia para restablecer los derechos humanos de quienes han sido invisibilizados, “apatheizados”, pero que, acompañados de esa educación en la compasión, pueden alcanzar el lugar que les corresponde. Una educación en la compasión no solo permite el crecimiento humano de la persona, sino el restablecimiento y el desarrollo del “ser”.

A modo de conclusión

Las vicisitudes presentes han permitido ver a un hombre capaz de pasar por encima de las necesidades del otro ignorando que sin el *alter* es imposible construir un mundo habitable y vivible; esto teniendo en cuenta que el ser humano es la única especie viva que nace desprovisto de todo, razón por la cual, solo es posible subsistir gracias a lo que otros le proveen, ya sean otras personas o el medio ambiente. De ahí que el egoísmo ha hecho que no se piense en un mañana ni en las generaciones futuras. Con la famosa frase de “no te preocupes por nada, solo vive el día a día”, se ha logrado enmascarar el absurdo de ese pensamiento que, si bien funciona para ser más consciente de la vida que se tiene y de saber aprovechar a quienes te rodean, no tanto así para reconocer la importancia de que cada acción que se lleva a cabo debe tener una proyección hacia adelante, mentalidad que podría detener la desaparición inminente de las futuras generaciones.

De esta manera, el *pathos* del cristianismo, entendido como el ejemplo dado por Jesús de Nazareth, se presenta como el modelo por seguir para romper con la *apatheia* que es la que ha generado una segregación y rechazo por ese otro con el que no se quiere compartir un mismo espacio. Las enseñanzas de Jesús han mostrado claramente cómo es que valores como la justicia, el bien común y la cooperación son fundamentales a la hora de construir comunidad y de pensar en un espacio donde cada uno le haga más agradable y más expedita la existencia al otro. Desde sus inicios, el cristianismo, pese a las diferencias que se encontraba *ad-intra* de las comunidades, no escatimó en pensar en las necesidades del otro, tal como se evidencia en la colecta hecha por la iglesia de Antioquía en favor de la de Jerusalén (Hch 11,27-30), y que ha servido de referente para poder entender que la vida de todos debe girar en torno al servicio, otro gran valor que puede liberar a muchas personas de la indiferencia que tanto daño le ha hecho a la humanidad.

Por lo anterior, es imprescindible una educación en la compasión que permita visibilizar al que ha sido negado a partir de la indiferencia y la falta de reconocimiento de las necesidades de los más vulnerables, de tal manera que, a través de tal acción, se logre la promoción humana que puede restaurar la sociedad lastimada por el olvido y la ignorancia. De esta manera, se espera que esta reflexión pueda permear la mente de muchos lectores con el fin de luchar en pro del bien común y, por ende, de la promoción humana de todos, dado que si bien el egoísmo y la indiferencia son ese virus que está carcomiendo a todo el género humano, por su parte el *pathos* cristiano puede ser la cura de muchos males sociales que ha mostrado al individuo como ese *homo homini lupus* hobbesiano, sin permitirse contemplar un camino diferente que lo libere de la “alofobia”, tal como se citó en líneas anteriores. La situación es preocupante, no obstante, como lo anunciaba el sumo pontífice Francisco (2020) recién se agudizaba la pandemia del coronavirus, puede haber un futuro diferente para cada uno si todos reconocemos que nos encontramos subidos en la misma barca (Telám, 2020).

Finalmente, proponemos terminar con una pregunta que se realiza el historiador Yuval Harari y que se considera pertinente para estos tiempos: “¿Cómo vivir en un mundo donde la incertidumbre profunda no es un error, sino una característica?” (2018, p. 291). La respuesta que se ofrece es la siguiente: es posible vivir mediante la compasión, la cual puede permitir enfrentar la incertidumbre, la desesperanza y los cambios vertiginosos que cada vez más se avecinan con hábitos de alienación, pero que pueden menguar perfectamente en la medida que cada quien, como parte de un todo, se haga corresponsable de las otras partes; así su sufrimiento será menor, y no ocurrirá lo que está aconteciendo en la actualidad debido a la indiferencia mundial que se manifestó a finales de 2019 frente a China, cuando se pensó que el mal que estaba acaeciendo en este

país era un problema que debían solucionar sus nacionales, y se olvidó que el mal de uno debe convertirse en el dolor de todos.

El reto es bastante grande si se reconoce el individualismo que ha estado imperando y estableciendo un nuevo orden mundial a nivel de relaciones humanas; no obstante, nada podrá ser más fuerte que ese ser humano que no olvida sus raíces y su razón de ser como hombre que socializa con otros con el fin de amistarlos y poder alcanzar, tal como lo establece Martha Nussbaum, “un mundo en el que valga la pena vivir” (2016, p. 24).

Bibliografía

- Aquino, T. (2017). *Suma de Teología*. BAC.
- Covelo, J. (2020). *Valores éticos 1*. <https://sites.google.com/view/filosofiasinrollos/p%C3%A1gina-principal/valores-%C3%A9ticos/valores-1%C2%BA/ud-2-vivimos-en-sociedad>
- Etimologias.dechile (2020). Alofobia. <http://etimologias.dechile.net/?alofobia>
- Harari, Y. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.
- Hernández, H. (2018). La teodicea, el *pathos* de Dios y el crucificado en la teología de la cruz de Jürgen Moltmann: una lectura contemporánea. *Veritas*, 121-144.
- Hobbes, T. (2000). *De Cive*. Alianza Editorial.
- Maffesoli, M. (2009). *El tiempo de las tribus*. Siglo XXI.
- Maquiavelo, N. (2020). *El Príncipe*. Ediciones Luarna. <http://www.ataun.eus/bibliotecagratis/C1%C3%A1sicos%20en%20Espa%C3%B1ol/Nicol%C3%A1s%20Maquiavelo/El%20pr%C3%ADncipe.pdf>.
- Mosquera, A. (2018). *La compasión, un componente de humanización en la propuesta emergente del desarrollo humano*. Universidad Externado de Colombia. https://bdigital.uexternado.edu.co/bitstream/001/1306/1/CBA-Spa-2018La_compasi%C3%B3n_un_componente_de_humanizaci%C3%B3n_en_la_propuesta_emergente_del_desarrollo_humano_Trabajo_de_Grado.pdf.
- Nussbaum, M. (2016). Educación para el lucro, educación para la libertad. *Nómadas*, (44), 13-25. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-75502016000100002&lng=en&tlng=es.
- Parada Silva, J. A. (2019). Educar para la prudencia. En J. Murcia Padilla, *Reflexiones filosóficas, pedagógicas y curriculares del realismo pedagógico* (pp. 179-202). Universidad Santo Tomás.
- Paéz Moreno, R. (2020, 10 de junio). *Solidaridad como dimensión ética*. https://www.researchgate.net/publication/314078679_LA_SOLIDARIDAD_COMO_DIMENSION_ETICA/link/58b3230ea6fdcc6f03fc283f/download
- Francisco (2020). *Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html

- Pérez, M. (2018, 3 de enero). Aporofobia, el miedo al pobre que anula la empatía. *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/01/03/opinion/1515000880_629504.html#:~:text=La%20aporofobia%2C%20como%20se%20B1ala%20Adela,por%20extranjeros%2C%20sino%20por%20pobres.
- Telám (2020, 15 de mayo). Francisco pidió "crecer sin dejar fuera a nadie". *Telám*. <https://www.telam.com.ar/notas/202005/464055-papa-francisco-coronavirus-pandemia.html>.
- Torredebabel (2020). Apatía. <https://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofia Griega/Filosofia helenística/Apatia.htm>.
- Velásquez, M. (2008). Ética del bien común y de la responsabilidad solidaria. *Realidad*, 365-393.